

# Apagón en microbús con gorda

Carlos Iván Degregori

Este era más bien un macrobús, muy grande, de dos puertas, llenecito. Yo encontré un pequeño nicho y allí me mantuve a pesar de los esfuerzos de un tipo por desalojarme a punta de codo y rodilla.

El chofer aplicaba el terrorismo verbal para dominar a una masa caótica que se apelotonaba en la puerta de bajada, por donde él dejaba también subir. "Avisen una cuadra antes porque sino no paro", gritaba. Alguien decía: "Bajan Zela", pero la gente aterrada porque en la oscuridad y de pie veía sólo aceras y sardineles por las ventanas, gritaba el nombre de héroes más lejanos: "Guise", "Iglesias" "Arenales", y el chofer aporvechaba para seguir sin parar mientras el griterío aumentaba hasta lo que él calculaba era el umbral previo antes de que se le avalanquen para aplastarlo, ahogarlo, asfixiarlo.

Arrancaba y otra vez el terror: "Avisen con tiempo sino no paro". Una joven provinciana comenzó suave y con ese tonito de queja del castellano serrano: "Oiga, baajan". No la veía pero la adivinaba inmóvil, sin aplicar la violencia física para abrirse paso entre el espeso tejido de piernas, brazos, niños, paquetes y carteras.

Recordé Cusco en 1965, donde las señoras decían "bajan" cuando el ómnibus se detenía y recién entonces comenzaba a levantarse de su asiento, pollera por pollera. "Oiga, baajan no puedo salir" una, dos cuadras y la seguía adivinando casi avergonzada tres, cuatro cuadras hasta que un gemido bronco y agudo al mismo tiempo nos golpeó: "Oooigo no se puede salir de este carro, bajan pues". El micro paró al instante, la gente quedó un segundo en silencio y luego rompió a reír, pero también a protestar y a gritarle al chofer que que si había creído, que como animales, que en ninguna parte del mundo y con el apagón todavía.

Esa vez el carro se detuvo bastante, la provinciana pudo bajar y con ella varios otros que se habían rezagado y ya ni gritaban esperando que el chofer pare bruenamente. El tenía una bocina especial, mezcla de bramido de toro y arañazo sobre metal, para espantar transeúntes y desquiciar pilotos enemigos. Quiso arrancarse otra vez con "avisen que sino no paro". "Ni pares ni se te para" gritó un moreno. Ahora fue el chofer el que paró, que quién fue el machito, que a ver que no se escondía. "Fui sho, fui shooo", gritó un amigo del moreno imitando

voz de loca argentina. La gente se descuajaringaba de risa vengándose del chofer, de la oscuridad de su suerte.

La frustración y la amargura embotelladas a presión en ese micro, rodaban por una Lima en tinieblas justo después de finalizado el partido con la inmerecida derrota de nuestros muchachos por uno a cero ante Chile. Cuántos hubieran querido enloquecer en un pequeño carnaval instantáneo, gritar y bailar conjurando la crisis, el desempleo, el estado de emergencia y ahora estaban allí, golpeando el chasis de lata, el techo con las manos los más altos, el suelo con los pies los más retacos: "Ya pues arranca pe", "no la haga larga pues fercho". Se rindió y arrancó mascullando maldiciones. Ahora recurría a frenadas sorpresas y bruscos arrancones.

"Martha, ¿vas bien?". "Si hija, no te preocupes" Familias, amigos, parejas separadas sentían de repente el pequeño terror, la sensación que cualquier cosa podía pasar en esa noche oscura, atravesando avenidas de semáforos ciegos en un micro alocado, y reventaban de vez en cuando en gritos para restablecer contacto, despejar la duda, y conjurar el miedo.

Pienso: cuánto quedaré a-

trapado como la provinciana, como tantos viejos indefensos sin poder llegar a la puerta, ya no como ahora fuerte como ese hombre de piel manchada que avanza la cabeza como proa el brazo izquierdo como ariete, quiñando anteojos, restregando orejas, aplastando senos con el codo, moviendo nalgas y caderas de manera circular para hacerse espacio, tensando muslos y pantorrillas para consolidar posiciones y evitar retrocesos o desplazamientos indeseados.

Sin darme cuenta ya me toca bajar, hay más gente que nunca en la puerta más oscura que nunca. Dejo pasar a un muchacho para que me abra camino y avanzar en su estela sin tanto esfuerzo. A veces resulta. Pero esta vez el tipo es tímido. Ni siquiera contesta "Graubajan" cuando el ayudante pregunta: "¿Bajangrau?" Y yo tengo que gritar y mi voz sale delgada y no tan potente como para imponer respeto, el tímido se halla inmóvil delante mío a kilómetros de la puerta, Grau se acerca y yo empujo con fuerza pero hay un verdadero atoro adelante. El nudo está en la gordarrastra - pasajeros - con los senos, la cara algo desdibujada por los restregones que recibe su maquillaje en

ese estratégico lugar.

"Bajan", resoplo sin dejar de empujar. "Espérese que pare para bajar", dice ella y no se da cuenta que Grau se acerca, que estamos a millas de la puerta, que no es Cusco en 1965, "no sea apurado, todavía no para" "¿Bajangrau?" "Graubajan" "Yagraubaje".

Veo la pared blanca de la esquina de Grau, oigo que la gorda le dice a alguien: "Usted que es hombre, muévase para que bajen". El hombre no puede porque está completamente atrapado entre pasajeros y paquetes, el tímido tiene la cabeza doblada con un torniquete, aplastada por mi antebrazo contra los senos de la gorda, no se mueve y babea.

Ponen luz verde en ese semáforo que insólitamente funciona, rugen los motores y en una fracción de segundo me decido tristemente a usar la microviolencia. "Aaagggghhh", no sé si en realidad grito pero alcanzo la puerta rompiendo el nudo a costa del tímido que prácticamente rueda delante mío hacia la pista y de la gorda cuyo seno aplasto hasta que no sé si revienta como papaya madura. Y caigo a Grau, a la llovizna, a la noche, a la derrota mortecina en Grau, en José Díaz, a hundirme en la tierra contigo Perú.